

A UNA PROMETIDA.

Fúlgido copo de nieve
Parecerá tu ropaje,
Y cándida espuma el velo
Que tendrás al desposarte.

Mas ¡ay! á tocar no llegues
La corona de azahares . . .
Que al contacto de tus manos
Pueden, mujer, marchitarse.

A Delfina.

I.

Atí, que de virtud y de hermosura
Eres la clara, refulgente estrella,
Que de mi vida en la tormenta oscura
Purísima destella;

A tí, que astro de mágica influéncia
Disipas las tinieblas de mi cielo,
Tú cuyo amor volviera á mi existencia
La dicha y el consuelo;

A tí, en quien quiso la bondad divina
Las gracias adunar á la belleza,
A tí dirijo, celestial Delfina,
Un canto de terneza.

¡Cómo no dirigirte el dulce canto
Que me inspira el amor que siente el alma,

Cuando tu tierno, irresistible encanto
Me arrebató la calma!

¡Cuando encendieron del amor el fuego
En mi pecho tus ojos brilladores!
¡Cuando me tienen deslumbrado y ciego
Tu gracia y tus primores!

A tí mi pecho con pasión adora,
Por tí suspira mi alma enamorada,
Y en mi mente tu imagen seductora
Encuétrase grabada.

.....
¡Ay! dime por piedad, que indiferente
No te hallas á mi amor, Delfina hermosa!
¡Ay, dime que mi amor puro y ardiente
Acojes bondadosa!

De mi triste inquietud compadecida
Pronuncia al fin el *Sí* que tanto anhelo,
Y me darás con ese *Sí* en la vida,
Delfina angelical, de dicha un cielo!

II.

Jóven airosa, encantadora y bella,
Pura como la cándida paloma,
Más apacible que la clara estrella
Que por la tarde en el Oriente asoma,
Y linda mucho más ¡gentil doncella!
Que tierna flor de delicioso aroma,
Tú eres mi amor, mi encanto, mi alegría,
Tuya es el alma y la existencia mia.

Por eso vengo al pié de tu ventana
Cuando la noche con su negro manto
Del cielo cubre la extensión lejana
Dando á la tierra misterioso encanto;
Por eso vengo con el alma ufana
A entonarte, mi bien, sentido canto
Y á ofrecerte, á la vez, en fé de amores,
Cándido ramo de fragantes flores.

Dígnate recibirlo, niña hermosa,
Como una ofrenda de mi amor ardiente,
De esa pasión intensa y ardorosa
Que ha largo tiempo que mi pecho siente.
Pues mientras te me muestras desdeñosa
Y te encuentro á mi amor indiferente,
Es más voraz de mi pasión el fuego,
Y más te adoro delirante y ciego.

Sin tu amor para mí la triste vida
Es un desierto erial lleno de abrojos,
Y con la calma y con la fé perdida
Cuanto miro en redor me causa enojos.
¡Ay! que me amas también, niña querida,
Lea por fin en tus divinos ojos,
Pues te amo y por tu amor la vida diera
Y mil diera también si mil tuviera.

III.

En estas modestas flores,
Símbolo de mi cariño,
Recibe, Delfina hermosa,
De tu amante el albedrío.

Mi corazón no vá en ellas
Porque lo tengo cautivo,
Que areros me lo robaron
Tus negros ojos, divinos.

Tus ojos, niña, que prestan
Al sol su fuego y su brillo,
Tus ojos con cuyos rayos
El corazón me has herido.

Encantadora Delfina,
Mi dulce y único hechizo,
Tú por quien ha largo tiempo
Muriendo de amores vivo;

¡Qué mucho es que te idolatre
Si tu semblante es tan lindo,

Y tu frente resplandece
De la virtud con el brillo!

Si de tus negros cabellos
Son como seda los rizos,
Si en tus purpurinos labios
El amor tiene su nido.

Si tu talle es tan esbelto
Tan elegante y altivo,
Y es tu voz tan armoniosa
Cual del ruiseñor los trinos.

Y añades, gentil Delfina,
A tanto y tanto atractivo,
Un corazón que es tan bueno,
Tan amoroso y sencillo.

Y así, no debe admirarte
Que á tu amor viva rendido,
Y que te ofrezca estas flores
En señal de mi cariño.

V.

Como la flor que al márgen de la fuente,
Al trasponer el sol el Occidente,
Recobra su vigor y su frescura
Mecida por la brisa ténue y pura;
Encanto de mi vida, así tu amante
No bien miró tu seductor semblante
Do se pinta el candor y la hermosura,
Cuando lleno de dicha alzó la frente
Que doblegára un día
Al duro influjo de la suerte impía.

Si, mujer celestial, porque era triste
Y borrasca noche mi existencia;
Pero te conocí, me sonreíste
Y en mi alma con tu amor brotar hiciste
Hermosa flor de perfumada esencia.

Y esa flor es la flor de mi cariño,
Del tierno amor sincero,
En que por tí me abraso

Con que á cada momento más te quiero,
Con que te he de adorar mientras que viva,
Sin que llegue á olvidarte mi memoria
Porque tú eres mi bien, tú eres mi gloria.

Y no esperes jamas que el lazo estrecho
Que hoy me encadena á tí, rompa algun dia,
Ni temas, alma mia,
Que por otra mujer lata mi pecho!

Pues si quiero vivir es para amarte,
Para estar de rodillas á tus plantas.
¡Y no es cierto que siempre he de encontrarte
Enamorada como te hallo ahora?

¡Hoy que mi alma te adora
Y que en placer dulcísimo se embriaga
Cuando en tus labios purpurinos vaga
Una de amor sonrisa encantadora!

¡No es cierto que me quieres? Dí ¡no es cierto
Que tú pagas mi amor con tu ternura?
¡Amame siempre así, doncella pura;
Y cuando en su furor la muerte airada

Rompa los dulces lazos
Con que estamos unidos tiernamente,
Venga á encontrarnos, con amor ardiente
Enlazados mis brazos con tus brazos,
Y posados mis labios en tu frente!

VI.

Más pura que la luz de la mañana,
Más hechicera que la flor galana
Que nace por abril,
Modesta y apacible cual violeta,
Flor bella entre las flores, que vejeta
Oculta en el pensil:

Cándida cual balsámica azucena
Que el áura mece y que se encuentra llena
De aroma embriagador,
Eres, Delfina, encanto de mi vida,
Tú, mi dulce ilusion, prenda querida,
Tú, mi adorable amor.

Tú eres la clara estrella
Que alumbra mi camino,
Eres la flor más bella
Que encuentro peregrino

De mi existencia tétrica
La senda al recorrer.

Contigo hallo en la vida
Sembradas gayas flores,
Sin tí, niña querida,
Abrojos punzadores,
Y me restára ¡ay, mísero!
Tan solo padecer.

Tú eres el dulce hechizo,
Mi bien, que me enagena,
Y en su bondad, te hizo
Para calmar mi pena
Dios, y en tí me dió un bálsamo
Que alivia mi pesar.

Pues mi dicha hace eterna,
Y templa mis enojos,
Una mirada tierna
De tus rasgados ojos,
O de tus labios, plácida
Sonrisa celestial.

*
* *

Mas, Delfina, si te adoro,
Si te quiero con pasión,
Tú también, hermosa niña,
Me has jurado eterno amor.

Esta promesa sagrada
No á olvidarla llegues, no,
Y fiel permanece siempre
A tu constante amador.

—

VII.

AL ENVIARLE MI RETRATO.

Como una prenda del amor constante
Con que rendido el corazón te adora,
Guarda el traslado de tu fiel amante
¡Delfina encantadora!

—

VIII.

Niña de los negros ojos,
Niña de los labios rojos,
Tú cuyo rostro me encanta,
Que donde fijas tu planta
Tórnanse en flor los abrojos.

Niña gentil y hechicera,
Que luces en la pradera
Como reina de las flores,
Tierno imán de mis amores,
Dueño de mi vida entera.

Una vez más yo gozoso
Quiero templar mi laúd,
Para en mi canto armonioso
Celebrar tu rostro hermoso,
Tu pureza y tu virtud.

Para decirte, bien mío,
Que en mi amante desvarío

Te quiero con ciego ardor,
Como ama la tierna flor
A las gotas del rocío.

*
*
*

Tú eres acaso un ángel, que abandonaste el cielo
Para enjugar mi llanto, para velar por mí,
Por eso en mi tristeza, me sirves de consuelo
Y torno en mis dolores los ojos hácia tí.

Por eso allá en la noche, tristísima y sombría
En medio de mis sueños te miro aparecer,
Y al despuntar el alba y cuando muere el día
Tu imágen hechicera contemplo por do quier.

Tu voz en mis oídos armónica resuena
Más grata que los trinos del dulce ruiseñor
Cuando en la selva umbrosa, lleno de amante pena
Entónale á su amada mil cánticos de amor.

Tus plácidas miradas, miradas de ternura,
Difunden en mi pecho contento sin igual,
Y soy aun más dichoso, si una sonrisa pura
Me dan, hermosa niña, tus labios de coral.

Si por tu breve talle, en amoroso exceso
Pasára yo mi brazo, con dulce timidez,
Y de tu linda boca si recibiera un beso,
De dicha enagenado quedára yo á tus piés.

Porque te adoro tanto, mitad del alma mía,
Que ni vivir quisiera, si no existieras tú:

¡Jamás tu amor me falte! sin él yo moriría
Y paz pudiera darme tan sólo el ataúd.

Y así en la que levantes, plegaria fervorosa
¡Amor de mis amores! pide al eterno Dios
Que cuando, tras de amarnos, bajémos á la fosa,
En una nuestras almas confúndanse las dos.

IX.

Graciosa y hechicera

Te presentaste ante mi vista, y luego
Abrasó mi alma por la vez primera
Del encendido amor el vivo fuego.

Y te amé con pasión, y en tí la gloria,
Y el encanto, y la dicha hallé en la vida
Y tu imágen bellísima y querida
Y tu nombre grabóse en mi memoria.

Y desde aquel instante
En que me vieron tus ardientes ojos
Rendido, y de tu amor quedó en despojos
Mi corazón amante.

Y te amo y te amaré. Jamás la suerte
Podrá menguar de mi pasión la llama,
Que no logra extinguirla ni la muerte
Cuando con todo el corazón se ama.

Y de amores por tí me encuentro loco,
Y te idolatro con el alma entera,
Y más te amara si posible fuera
Que un corazón para quererte es poco.

X.

Alma de mi alma, dulce amor mio,
Flor la más bella que crió el vergel,
Tú eres la reina de mi albedrío;
Mi pecho te ama constante y fiel.

¡Cómo no amarte si eres tan buena,
Tan linda y pura como gentil,
Si tu cariño mata mi pena,
Si el solo verte me hace feliz!

Saber quisiera yo el dulce idioma
Que hablan las aves, que habla la flor
Y en él decirte, casta paloma,
Mi ardiente y puro, mi eterno amor.

Ese amor grande que el alma siente,
Amor que sólo le inspiras tú,
Tú en cuya hermosa, serena frente
Brillan los rayos de la virtud.

Jamas el curso del tiempo vario
Podrá en mi pecho tu amor borrar.

—89—

Que en él, mi amada, te alcé un santuario
Donde tu imagen tiene un altar.

.....

Ven á mis brazos, hermosa mia,
Y un beso dáme lleno de amor....
Si me lo dices.... yo te daría
En otro beso mi corazón.

XI.

No escucharás mis cantos de ternura
Ni á tu amante verás ¡Delfina mia!
Que me aparta de tí la suerte impía
Llenando el corazon de honda amargura.

Y miéntras á tus piés vuelvo anhelante
Guarda esta efigie de tu tierno amante.

Nunca ¡ángel de mi amor! llegue á perderte
Ni rompas de tu amor los dulces lazos,
Que ántes mi corazon se hará pedazos
Que deje un solo instante de quererte.

XII.

Quando hay una mujer á quien amamos,
Y esa mujer es linda y hechicera;
Cuando de amor por ella palpítamos,
Y es su pecho de amor ardiente hoguera;
Y en tanto que nosotros la adoramos
Ella nos quiere con el alma entera;
La vida es un verjel de gayas flores,
Donde hay fuentes y cantan ruiseñores.

Es entónces la vida todo un cielo
De placer sin igual y de ventura;
No conocemos la afliccion ni el duelo,
Todo es amor y celestial ternura;
Y pensamos mirar en nuestro anhelo
Más espléndido el sol, la luz más pura:
Es entónces la vida, amada mia,
Mágico Edén de luz y de armonía.

Pero inmenso dolor, negra tristeza
Siente el alma en su horrible desencanto.

Y pálidos doblamos la cabeza,
Y copioso raudal de amargo llanto
Brotó del corazón, que con fiereza
Oprime entre sus manos el quebranto,
Cuando el hado nos roba en sus rigores
Al ángel tutelar de los amores.

Y entónces el verjel de nuestra vida
Se torna en triste y árido desierto,
Y la planta al pisar se siente herida
Que de abrojos el suelo halla cubierto;
Porque al dejar á la mujer querida
El mundo vemos enlutado y yerto;
Y al perderla y con ella nuestra calma
Se nos arranca la mitad del alma.

Por eso un gran pesar mi pecho siente
Al apartarme de tu dulce lado.
¡Mas qué importa, mujer, que hoy inclemente,
Y cruel nos haga padecer el hado,
Si á gozar de tu amor puro y ardiente
He de volver bien pronto enamorado,
Y el cielo entónces nos dará en ventura
Cuánto hoy nos dá en dolor y en amargura?

XIII.

¡Léjos de tí ¡mi solo y dulce encanto!
Sufriendo el corazón tu triste ausencia
Yo te quiero cantar, y en este canto
Expresarte de mi alma la dolencia.

¡Cuán tardo es ¡ay! y perezoso el vuelo
Con que el tiempo camina,
En estas horas para mí de duelo
Que ausente estoy de tí, mujer divina!

Porque en vano el placer y la alegría
Vienen á circundarme por do quiera,
Que ese placer el corazón me hastía,
Ese placer el alma me lacera.

Solamente la dicha y el contento
Puedo á tu lado hallar. ¡Ay! cuánto ansío
Porque presto, bien mio,
De volverte á mirar llegue el momento.